

[RESEÑA]

UNA ESPIRITUALIDAD DE LA MEMORIAJOHANN BAPTIST METZ, *Por una mística de ojos abiertos*, Herder, Barcelona, 2013

Hablar de Johann Baptist Metz es hablar del padre de la teología política. Junto a su maestro Karl Rahner, puede ser considerado uno de los grandes teólogos católicos del siglo XX. Cuando expone las líneas fundamentales de la «teología política» Metz suele referirse a un triple reto que deber afrontar el cristianismo: el desafío de la crítica ilustrada, la pregunta de Auschwitz y la llamada del Tercer Mundo.

Auschwitz se sitúa en el centro de la teología política. Es una centralidad que suelen olvidar con facilidad quienes asocian sin matices la teología política con una versión europea de la teología de la liberación. Auschwitz, según Metz, obligar a repensar la cultura occidental en bloque. Por tanto, también la teología cristiana de cabo a rabo. Acoger el recuerdo de Auschwitz en la teología significa un vuelco radical, a saber, que vaya a la raíz. Para empezar, implica asumir que los acontecimientos históricos no pueden ser circunstanciales al discurso sobre Dios bíblico, el Dios que se revela en el mundo histórico.

La exigencia de que Auschwitz se convierta en referencia constante

para la reflexión teológica está implícita en las tesis principales de *Por una mística de ojos abiertos*. Cuando irrumpa la espiritualidad. La temática, no obstante, está motivada inicialmente por la abundancia de los discursos en nuestra sociedad que reivindican lo espiritual. La espiritualidad, lo religioso están en auge. Metz se pregunta si esta oleada de espiritualidad puede identificarse con la experiencia cristiana. La respuesta no se hace esperar. La espiritualidad cristiana es ciertamente otra cosa.

Podemos identificar algunos rasgos de la religiosidad demandada y bien vista por la sociedad de consumo. Lo espiritual aparece como un instrumento para procurar la felicidad individual. Su contenido es recomendar el olvido del dolor, especialmente del sufrimiento que supone recordar las desgracias pasadas. La religiosidad se confunde con la concentración y el disfrute en el momento presente. La reducción del tiempo a presencia, la negación de la inquietud del pasado y el futuro son las aportaciones de la religión a la felicidad. La dimensión de lo espiritual parece remitir entonces a la vivencia del tiempo.

Ahora bien, para Metz, la espiritualidad cristiana tiene muy poco que ver con esto. ¿Por qué? El cristianismo no puede concebir la felicidad sin la felicidad de los otros. Y no sólo de los otros que nos rodean en el presente, unos cuantos, sino de todos en todos los tiempos. Lo propio de la espiritualidad cristiana es su universalidad. El Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios de Jesús promete la felicidad para vivos y muertos.

Frente a la estetización espiritual de la amnesia, la del cristiano sería una espiritualidad de la memoria. Frente a la absolutización del ahora como única realidad verdadera, se trata de cuestionar el presente en nombre de las injusticias pasadas, herencia de las desigualdades y sufrimientos de hoy. De la memoria nace la expectativa de una justicia futura. El poeta Edmond Jabès lo condensa así: «El porvenir es el pasado que viene». De ahí que los sentimientos asociados a la espiritualidad cristiana no sean los de armonía, plenitud y satisfacción personal, sino la nostalgia, la añoranza y la falta. Metz llega incluso a describir la tristeza como una «virtud mesiánica».

En ese contexto Metz se pregunta si Jesús fue feliz. Al plantear su respuesta es consciente de los desahucos inmediatos que puede suscitar. No obstante, su posición es firme. La Pasión de Jesús no es un modelo de felicidad. No es conciliable con los

modelos que defienden las espiritualidades hoy en alza, ni tampoco en su sentido convencional o clásico. El sentimiento central de la vida de Jesús no es la satisfacción feliz, sino la compasión. Por eso insiste Metz en describir al cristianismo como una «mística de ojos abiertos». No extraña entonces que la palabra griega para felicidad, *eudamonia*, no aparezca en el Nuevo Testamento. Asimismo, escribe Metz, el conjunto de la Biblia «no conoce una felicidad que no eche de menos algo».

Esto no significa negar el deseo de felicidad. Pero se trata de subrayar que para la espiritualidad bíblica el deseo egoísta es conmovido por una experiencia novedosa: el derecho universal a la felicidad. Ese derecho significa vincular estrechamente espiritualidad y justicia.

Ahora bien, la relativización de la felicidad individual frente a la exigencia de justicia universal no contradice en nada la meditación de Metz sobre la «alegría cristiana.» Lo propio de esta alegría se describe en la forma de un doble fondo. Primero, como sentimiento de gratitud por la creación, aunque sea incompleta y gima «con dolores de parto». Y segundo, la alegría supone la expectativa de que los otros sientan esa misma gratitud por lo creado. La alegría remite a la relación del hombre con la creación. Una alegría, no obstante, que no descansa en la plenitud o perfección del mundo.

Al contrario, la creación está incompleta. Por eso, la memoria y la añoran-

za son elementos definitorios de una «espiritualidad de ojos abiertos».

Daniel Barreto

[RESEÑA]

CONSUMO Y VIGILANCIA

ZYGMUNT BAUMAN y David Lyon, *Vigilancia líquida*, Paidós, Barcelona, 2013

La vigilancia se ha convertido en una obsesión. En nombre de la seguridad cabe justificarlo casi todo, también la entrega sin resto de la vida privada, la intimidad y el secreto. ¿Qué hay detrás de la tendencia al control, la grabación, el registro de actividades, gustos y movimientos? Esa pregunta lleva al pensador Zygmunt Bauman, en conversación con David Lyon, a un análisis revelador de nuestro tiempo.

Hay una relación entre los nuevos sistemas de vigilancia y las redes sociales de internet. Las cámaras y los drones amplían hasta límites insospechados las posibilidades de control. En esto prolongarían, con extraordinarias mejoras técnicas, los modelos de control clásicos, como el panóptico de Jeremy Bentham. Pero hoy la novedad reside en la colaboración que presta el individuo. Este suministra activamente a internet los datos de su vida privada. La vigilancia se realiza con la participación complaciente del vigilado.

Esto pone en cuestión la existencia de la intimidad y lo que Jacques Derrida llamaba «el gusto por el secreto personal». Sin ellos, la noción misma de democracia está en peligro.

¿De dónde viene la compulsión a decirlo todo en la red? ¿Cuál es el origen de este exhibicionismo sin tregua? ¿A qué se debe esta saturación narcisista? ¿Por qué el espacio público ha sido sustituido por imágenes de la vida privada? La razón hay que buscarla en el miedo a la exclusión. En el mundo actual nadie está definitivamente a salvo de la marginación. El temor a convertirse en lo que Bauman llama «vida desechada» impulsa a la ilusión de una integración obsesiva. A medida que aumenta el miedo, disminuye la intimidad.

La angustia ante una posible marginación futura sería el sentido del ritual consumista. Según Bauman, el consumo actual no es prioritariamente la consecuencia de un deseo artificialmente creado. Su motivación más pro-